



PRECIO PARA LA VENTA

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

NÚMEROS ATRASADOS

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
25 » extraordinarios. » 5

MADRID: trimestre. Ptas. 2,50
PROVINCIAS: » » 3
EXTRANJERO: año... » 15

Ordinario... Ptas. 0,25
Extraordinario... » 0,50

La correspondencia se dirigirá al Administrador: Calle del Arenal, 27. - Madrid. — A toda suscripción acompañese el importe en libranza ó sellos.

ANTONIO SÁNCHEZ (EL TATO)

(CONCLUSIÓN)

CUANDO en 1853 tomó el Tato la alternativa, acababa de morir el Chiclanero, dejando el cetro de la tauromaquia á Cúchares. Al lado de éste aparecían en primera línea Manuel Domínguez, recién vuelto de América y Cayetano Sanz; y en una gran penumbra, Julián Casas, el Salamanquino.

Ninguno de ellos tenía mucha edad; el más viejo, Domínguez, contaba treinta y siete años; el Curro y el Salamanquino, treinta y cinco; Cayetano, treinta y tres. Sin embargo, hallábanse los cuatro, quién más quién menos, en esa época en que los toreros han dado de sí cuanto tienen, y caminan rápidamente hacia el ocaso de la profesión.

Cúchares, lidiador colosal, libre ya de la sombra de José Redondo, había convertido el último tercio en suerte de ventaja, en que la astucia imperaba en absoluto y había desaparecido el valor.

Manuel Domínguez, pesado de movimientos, agostado prematuramente por la larga y penosa serie de vicisitudes sufridas, se había abroquelado en la suerte de recibir, que constituyó siempre su especialidad, y ejecutaba admirablemente de vez en cuando.

Cayetano, que llevaba cinco años toreando desde que, tardíamente, á los veintiocho de edad, se hiciera matador, presentaba siempre las incertidumbres calificadas de *aprensión*, que le acometían á la hora de meter el brazo; pero su admirable toreo con el capote y su incomparable maestría en el manejo de la muleta, no admitían rival.

De Julián Casas hay que hacer caso omiso, porque el torero salamanquino era tan presuntuoso como nulo, y no podía hacer sombra á nadie.

De todas suertes, con sus buenas cualidades y sus defectos, todos ellos estaban ya machuchos, cansados y en situación, como he indicado antes, de aspirar al retiro; así es que la fiesta nacional, á la cual tanto brillo habían comunicado Francisco Montes y José Redondo, hallábase en plena reacción después de la muerte de aquellas lumbreras.

La aparición del Tato fué, por lo tanto, muy parecida á la de Guerrita entre Lagartijo y Frascuelo: un foco potente de luz.

La figura y la juventud del flamante espada, formaban visible contraste con el aspecto del Curro, á quien las fatigas del oficio, el desmadejamiento de la persona y la sorna deliciosa de su semblante, daban aires de sátiro jubilado, y con el estiramiento crónico de Cayetano Sanz, patillado, grave, imponente, como un Metetrich de coleta y traje corto.

El Tato tenía una fisonomía sonrosada y picaresca; una cabeza de *gambóche*, en la cual jugueteaban graciosamente multitud de ricitos pendencieros; unos ojos negros, muy rasgados, que miraban con dulzura y se entornaban muchas veces, entre burlones y modestos, y una sonrisa estereotipada en los labios, atractiva y sumamente simpática, como la de Francisco Calderón.

No era guapo. La nariz, algo remangada y grande, y la boca, grande también y con el labio inferior grueso y colgante, rompían la armonía general; pero había tanta gracia en la persona — no la incomparable dejadez que hacía de Lagartijo un tipo único de elegancia y de distinción, sino cierta coquetería femenina, provocativa y humilde al propio tiempo; — de

tal modo brillaban en la cara del Tato el garbo y la modestia á la vez, que el mozo se llevó de calle á todos los públicos, en cuanto advirtieron que entraba á matar de verdad.

Ahi estuvo su triunfo. Galleaba con primor admirable, y había en su modo de atender á los diversos lances de la lidia en general, el bullicioso atractivo de los pocos años; pero sosó y atropellado con la muleta, que jamás manejó con brillantez ni con eficacia, y muy inclinado á hacer mucho por los toros cuando alguien le pisaba los talones, el volapié lo salvó, y fué la única suerte á que debió su fama el malogrado espada sevillano.

No se vaya á creer por esto que lograba los toros, ni mucho menos, á las primeras de cambio. Pinchaba como todo hijo de vecino, empleaba el metisaca con oportunidad muy discutible, y más de un toro lo trajo de cabeza y le hizo perder los papeles por completo.

Pero cuando, confiado, entraba á matar con su airosa patadita, su sonrisa eterna y la sal que derramaba su cuerpo, había en el Tato un garbo y una valentía á la vez, un arrojo y una elegancia, que despertaban simpatía y provocaban la admiración general.

Sabía que sus piernas distaban bastante de tener la ligereza indispensable para salir desahogadamente de la suerte, lo cual no le impedía entrar con vergüenza torera, y despreciando todo peligro, entregarse á los toros y sufrir repetidos achuchones, palos, heridas y desperfectos en la ropa.

Las más de las veces, los toros se embebían en la estocada, y salían casi siempre rebozados con el matador.

¡Dios nos ampare! Si los modernos revisteros, los que han llenado la moderna ciencia tauromáquica de ridículos tiquismiquis, hubiesen juzgado los famosos volapiés del Tato, ¡cuántas, pero cuántas veces pusieran reparos al mérito del matador, diciéndole que *salía por la cara!*...

Afortunadamente, esas y muchas tonterías más que hoy sirven á pasto los pedagogos del día, lo mismo los de la clase de doctos de nuevo cuño que los que pertenecen á la cofradía de los chirigoteros, no existían entonces, ni desvirtuaban las faenas de ningún matador. ¿A qué extenderme en consideraciones de esta índole, si el documento que voy á escribir ahora me da el trabajo hecho?

Léanlo, léanlo con detención los aficionados de todo linaje, sensatos é insensatos, y verán que no soy yo solo quien ha calificado de suerte de *sorpresa* el volapié, y erigido en axioma el principio de que, para verificar la suerte con todas las reglas del arte, hay que salir de ella con toda la ligereza posible.

Se trata de una carta escrita por el actual Duque de Veragua, al conocido aficionado D. José Pérez de Guzmán, hoy difunto, autor del opúsculo *Toreros cordobeses*, carta que el Duque le dirigió á propósito de la última cogida del Tato.

Dicha carta, propiedad de Carmena, me ha sido facilitada por mi querido amigo, y voy á reproducirla íntegra. Dice así:

«Sr. D. José Pérez de Guzmán.

Madrid 1.º de Julio de 1869.

«QUERIDO AMIGO: Mucho he agradecido el recuerdo de amistad enviándome el grupo que contenía su grata del 23 pasado. La cuadrilla me parece corresponde en su apariencia al justo crédito de que goza. Únicamente sería de

desear llenara el banderillero un poco de las taleguillas sobranter.

»Con mucho gusto reuniré para enviar á usted cuanto se publique con motivo de la cogida del Tato. Hasta ahora sólo tengo noticia de la adjunta hoja suelta, escrita muy en tonito, según verá. He encargado á Carmona me envíe lo que él conozca acerca del particular; no hago mérito de lo publicado por el antiguo *Enano*, pues no dudo en considerar á usted como suscriptor; y por cierto que como detalles y escriptulosidad en reunir partes facultativos, no puede mejorarse.

»En cuanto al juicio y observaciones que á un aficionado debe sugerir la cogida, crea usted que no ha habido más que lo siguiente: el toro era muy noble, estaba menos aburrido de lo que generalmente llegan á la muerte los toros del Colmenar, y nada tenía que inspirase cuidado, pues su condición de blando alejaba aún más todo peligro.

»El pobre Tato lo había toreado sin ninguna dificultad á pesar de su poca defensa; y habiéndole cogido los huesos dos veces, quiso asegurarlo con uno de esos volapiés que le valían tantos aplausos, y que ponían siempre á riesgo su vida. En aquella ocasión no intervino el primer elemento que le salvaba y era el dolor de la estocada; pues resultó un poco al lado contrario y fuera de la cavidad.

»El motivo de estar la estocada ida, fué haber hecho el toro un poco más de lo que el matador creía, á consecuencia de la colocación del toril, arrancando en suerte natural.

»También estuvo demasiado tiempo delante de la cabeza, cosa hoy muy frecuente en los matadores actuales, y que desvirtúa el principal efecto de los volapiés, verdaderas sorpresas, y como tales, recursos grandes para toros tunantes. Lo que no advertí fué tener el toro la cabeza baja.

»En fin, fué una desgracia imprevista por haber corrido el mismo Tato riesgo; mucho mayores sin que le engancharan los toros. Además, creo que la cornada, bien cuidada desde un principio, no hubiese tenido consecuencias tan lamentables.

»Hemos perdido al único matador de vergüenza, pues los otros consienten que se les echen vivos los toros, sin apelar al recurso de la puntilla. En punto á destreza, todos son iguales.

»Se ha hecho una litografía del lance, pero no tiene nada que merezca atención; sin embargo, la enviaré á usted cuando haya oportunidad, pues es muy grande para ir por el correo.

»Tuve mucho gusto en leer sus artículos publicados por el *Enano* con motivo de la obra de tauromaquia.

»Todos los amigos me encargan afectuosos recuerdos para usted, de quien se repite suyo verdadero amigo. — *El D. de Veragua.*»

No necesito encarecer la importancia de este documento, ni quiero ponerme moños; pero séame permitida la satisfacción de que persona de la inteligencia, de la autoridad y del prestigio del primer ganadero de España opinara en 1869 lo mismo que siempre he opinado, acerca de una suerte, de la cual he sentado como principio, que «es suerte por sorpresa, ó deja de ser volapié».

La causa de las cogidas del Tato fué el detenerse en la cabeza; es decir, carecer de la ligereza de pies indispensable para consumir el volapié según el arte manda.

Esto he defendido siempre, y de ello hablé extensamente en mi libro *Guerrita*, censurando á los que ridiculizaban al gran maestro cordobés, porque ejecuta la suerte de Costillares, con estricta sujeción á los preceptos del arte de lidiar.

El juicio del Sr. Duque de Veragua viene, tan grata como inesperadamente, á robustecer mi opinión y á



